

50 ANIVERSARIO DE LA CORONACIÓN PONTIFICIA DE LA IMAGEN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA DE IZAMAL, PATRONA DE YUCATÁN

Mérida, Yucatán, 22 de agosto de 1999

Queridos hermanos y hermanas:

Con mucha alegría vengo a unirme a ustedes para celebrar los cincuenta años de la coronación de la Virgen de IZAMAL. En esta cálida mañana, muchas cosas nos unen a ustedes todos, queridos yucatecos, y a mí; el calor del mismo sol que abrasa nuestras tierras: Cuba y Yucatán, el conocimiento que tenemos unos de otros, Yucatán y sus gentes son conocidos en mi tierra cubana, como ustedes conocen a Cuba y a su pueblo. Lazos históricos han unido a las familias de Yucatán y de mi patria que han ido a establecerse en uno y otro lugar en distintos momentos de la historia. Pero sobre todo nos une nuestra fe cristiana, adoramos a un mismo Dios y Señor, Padre de nuestro Salvador Jesucristo y a Él le tributamos honor y alabanza. Hay además un lazo muy especial que nos une como cristianos y como pueblo: un amor reverente y filial a la Virgen María, Madre de Jesucristo y madre nuestra. Los cubanos veneramos allá en las montañas de El Cobre, con todo el afecto de nuestro corazón, a la Virgen de la Caridad, Patrona de Cuba, y ustedes, queridos hermanos de Yucatán, rinden culto de amor y devoción a la Virgen de Izamal, Reina de Yucatán. Nuestra Madre recibe del cariño de sus hijos tantos títulos y nombres como el amor puede dar a un ser querido y sigue siendo la misma Madre, pero la sentimos cercana, nuestra, familiar, como de casa, cuando le decimos el nombre que la asocia a un lugar, a un momento de nuestra historia, a una intervención maravillosa de Ella a favor de su pueblo. Por esto ustedes sienten en su corazón que la Virgen María es más cercana y maternal cuando la llaman Virgen de Izamal.

En este año del Padre Dios, el Papa Juan Pablo II ha querido que nos preparemos inmediatamente para celebrar el Jubileo del año 2000, la gran fiesta de la Iglesia y de toda la humanidad, por los 2000 años del nacimiento de Jesucristo. ¡Cuánto hemos rezado y debemos seguir rezando, dándole gracias a Dios Padre por el amor que nos ha mostrado! Así es, el Evangelista San Juan nos dice: *«Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo»*.

De ese Hijo eterno de Dios que vino a nosotros hecho hombre nos habla el profeta Isaías en la primera lectura bíblica de esta fiesta. El profeta, cientos de años antes de que naciera nuestro Redentor, anunciaba que: «un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado... y su nombre es 'Maravilla de Consejero...' 'Padre perpetuo', 'Príncipe de la Paz'». Nuestra fe cristiana sabe que todo esto se cumplió con el nacimiento de Jesucristo, que ha transformado la historia de la humanidad, llenando con su paz los corazones inquietos, para hacer que la esperanza alumbre en las almas tristes de tantos hombres y mujeres. Por esto decía también el profeta: «El pueblo que andaba en tinieblas ha visto una gran luz, habitaban en tierra de sombra y una luz les brilló».

Es esto lo que vamos a celebrar con el gran Jubileo del año 2000: la luz vino al mundo y desde hace 2.000 años, en las tinieblas de una humanidad donde hay guerras, sufrimientos a causa de la opresión y la violencia, odios y falta de amor, brilla una luz. Cada uno de nosotros debe llevar esa luz encendida en su corazón, porque esa luz es Cristo, Nuestro Señor.

Él vino a nosotros en la pobreza y en la pequeñez de un niño, como nos lo ha dicho el profeta. ¡Cuán grande ha sido el amor de Dios Padre a nosotros!, nos entregó

a su hijo hecho niño y nos lo da a conocer, como todo niño recién nacido, en los brazos de su madre. Pues ¿quién que oye decir: «*un Niño nos ha nacido*», no piensa al mismo tiempo en la madre?

De modo que nuestra primera mirada a Jesús Niño es también una mirada a María su Madre, que lo da a luz, que lo tiene en su regazo. En el Santo Evangelio hemos escuchado una vez más el relato siempre sobrecogedor del anuncio del ángel a María. El Arcángel Gabriel, el enviado de Dios, llegó hasta el poblado de Nazaret donde estaba una virgen que se llamaba María. Sí, ciertamente, el nacimiento del Hijo de Dios sería de una virgen.

En nuestro modo común de hablar decimos a menudo que Dios eligió a la Virgen María para ser la Madre del Señor; pero mejor digamos con el gran San Bernardo: «El Hacedor del hombre, al hacerse hombre, tuvo que formar para sí, entre todas, una Madre tal cual él sabía que habría de serle conveniente... Quiso, pues, nacer de una virgen inmaculada, Él, el inmaculado, el que venía a quitar de nosotros las manchas del pecado. Por eso, el ángel saluda a María llamándola llena de gracia. La Virgen no fue hallada por Dios aprisa y por casualidad. Había sido preparada por el Dios Altísimo para Él mismo desde la eternidad».

Cuando la contemplamos coronada de estrellas en el cielo, con la luna bajo sus pies, como nos la presenta el libro del Apocalipsis, se encuentra ya la Virgen Inmaculada en su trono de gloria, el que le corresponde a aquella que fue formada y preparada por Dios para que fuera su morada en la tierra. Así, como Reina y Señora de cielos y tierra, la veneramos hoy en su fiesta. Por eso, la Iglesia pone sobre las sienes de la imagen de la Virgen, cuando esta es venerada de modo especial por muchos cristianos, una corona preciosa, que nos recuerda que a la diestra del Rey, Jesucristo el Señor, triunfador de la muerte y del pecado, está la Reina, bellísima, vestida de perlas y brocado.

Ella es la Madre de aquel niño que hoy reina en el cielo con la gloria que Él tuvo desde siempre. Y ella, junto a Él, participa también de esa gloria. Pero ella supo acompañar a aquel niño, a aquel hombre, de manera discreta, como desde lejos, pero estando muy cercana. Solo aparece cuando el niño se pierde y es hallado en el Templo. Pasan los años y el Evangelio no nos habla nada de la vida de Jesús en su pueblo de Nazaret, pero allí vivía Él junto a la madre. Cuando nuestro Salvador sale a predicar el Reino de Dios y comienza su camino de profeta y redentor, la Virgen María aparece también junto a Él en las Bodas de Caná, pidiéndole a Jesús, en forma muy humilde, que haga su primer milagro. Pero donde vemos realmente a María entrar en escena y estar junto a Jesús es en la hora del dolor, cuando todos los discípulos habían huido, cuando uno de ellos lo había entregado y Pedro, el que había sido colocado por Cristo al frente de la Iglesia, lo había negado tres veces. Allí, de pie junto a la Cruz, nos lo dice el Evangelista San Juan, que fue el único apóstol en estar hasta el final en el Calvario, allí estaba de pie María, la Madre de Jesús. Allí nos la entregó Jesús por Madre a todos los cristianos, pues, al dirigirse a Juan, se dirigía también a todos nosotros: Hijo, ahí tienes a tu Madre. Desde aquel día, el discípulo la recibió en su casa, dice el mismo evangelista. Desde aquel día, todos nosotros, los que creemos de verdad en Jesucristo, la hemos recibido en nuestra casa como Madre nuestra. Y ella también está con nosotros calladamente, nos acompaña discretamente, como acompañó a Jesús. A veces nos acordamos de ella en una fiesta, en unas bodas, como aquellas de Caná, siempre la recordamos en los momentos hermosos de la vida, cuando nace un niño, cuando una muchacha celebra sus quince años; pero también está presente en nuestros dolores, en nuestras tristezas, cuando parten nuestros

seres queridos, cuando perdemos nuestra madre y sabemos que tenemos siempre con nosotros a la Madre del cielo que acoge junto a ella a nuestra madre de la tierra. Sabemos que la Virgen María está siempre junto a nosotros en el momento de la cruz, en el sufrimiento, en la tristeza, en la enfermedad. Ella es la Madre del consuelo y de la santa esperanza. A ella le pedimos que vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos para que, después de sufrir en este valle de lágrimas, también vayamos junto a ella a participar de la gloria de su hijo Jesús, que Él mismo nos ha prometido. El camino que hizo María con Jesús en la alegría y en el dolor lo hace también con nosotros los cristianos, lo hace con la Iglesia, porque María es la Madre de la Iglesia.

Nos sorprende que, en la visión de San Juan en el Apocalipsis, cuando el evangelista ve a la Virgen Madre en su gloria, coronada de estrellas y radiante de esplendor, aparezca al mismo tiempo María luchando contra un dragón infernal, que amenaza con hacer daño a su hijo. La Virgen María representa a la Iglesia. Como María, también la Iglesia aparecerá un día resplandeciente para siempre en el reino donde habrán cesado los llantos, el luto y el dolor, pero todavía tiene la Iglesia que luchar contra el mal y el pecado en este mundo y la Iglesia, queridos hermanos, somos todos nosotros, todos los que creemos en Jesucristo y con él formamos el único cuerpo de Cristo, el pueblo de Dios que peregrina en este mundo.

Como la Virgen María, también la Iglesia debe darle al mundo a Cristo, el único Salvador. Pero existe el mal, el pecado, el poder llamativo y falso del Infierno y tenemos que luchar con las armas del amor, de la verdad y de la justicia contra todo esto que amenaza no solamente a los cristianos, sino a la misma humanidad. La Iglesia, del mismo modo que María defiende a su hijo en la lucha contra el dragón infernal, debe defender la vida. La vida que surge en el seno de la madre y que es un don de Dios. No podemos aceptar el mal terrible del aborto, la supresión de la vida del niño en el seno de su madre y debemos decir esta verdad a las mujeres y también a los hombres; a los adultos y también a los jóvenes y las jóvenes que serán, en un futuro próximo, padres y madres de familia.

Tenemos que defender a la Iglesia y a la humanidad de la crueldad y la violencia, del odio y de la venganza, de todos los sentimientos malos que anidan en el corazón humano y que hacen al hombre y a la humanidad desgraciados. Esta es la lucha del cristiano en el mundo: la lucha por la verdad frente a la mentira de una felicidad presentada como placer, como escape en la bebida o en la droga, como un olvido de Dios y sus mandamientos que empequeñecen al ser humano y lo hacen víctima de sus pasiones. Debemos también los cristianos luchar contra el pecado de la injusticia, que aplasta a algunos seres humanos para beneficiar a otros. No nos podemos olvidar, como lo recordó el Papa Juan Pablo II en su primer viaje a México, que la Santísima Virgen María en su canto de alabanza a Dios proclamó que el Señor de cielo y tierra «derriba a los potentados de su trono y levanta a los humildes». La Iglesia tiene el deber de alzar su voz siempre en favor de los humillados, de los maltratados, de los marginados de la sociedad y recordar a los poderosos el amor especial y preferencial que Dios tiene a los débiles, a los sencillos. No se olviden que en la batalla que describe San Juan en el Apocalipsis, el dragón tenía siete cabezas y diez cuernos. El pecado tiene muchos rostros, tiene muchas caras: la injusticia, la mentira, el desenfreno, el endurecimiento del corazón y sobre todo la falta de amor.

Podemos resumir que el combate que se establece entre la mujer y el dragón, entre la Iglesia y el mal, ese combate en el cual la Virgen protege a la Iglesia y sostiene a los pobres, según el plan de Dios, es un combate entre el amor y el odio. La gran fuerza liberadora que Jesucristo introdujo en la humanidad a su paso por esta

tierra es la fuerza del amor. El amor libera el corazón humano del odio, el amor nos hace acercarnos solidariamente a los otros para brindarles ayuda, el amor transforma los corazones y los hace alegres y el mismo Jesús nos dice que nadie podrá quitarnos nuestra alegría, el amor nos llena de esperanza, el amor nos trae la paz.

Hoy aquí, a los cincuenta años de la coronación de la Virgen de Izamal, que ha acompañado a este pueblo de Yucatán durante tantos años desde que la fe cristiana llegó a estas tierras, en este mismo sitio donde el Papa Juan Pablo II hace 6 años celebrara la Eucaristía con todos los pueblos oriundos de este continente americano, nosotros debemos repetir a nuestra Reina y Madre de misericordia, la Virgen de Izamal, que estamos, como cristianos, como hijos de la Iglesia, empeñados en el gran combate del amor, de la verdad, del bien y de la justicia. Le pedimos a ella que vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos, y que nunca las astucias del mal, del pecado, que el dragón infernal quiere sugerirnos, puedan llegar a confundirnos.

Defiéndonos Tú, Señora de Izamal, abogada nuestra.

Queridos hermanos y hermanas: pongamos, pues, nuestra mirada sobre María en este año dedicado a Dios Padre. El Papa Juan Pablo II describe admirablemente el papel de la Virgen Madre en este camino del pueblo de Dios hacia el año jubilar, cuando celebraremos los dos mil años del nacimiento de Jesús. Dice el Papa: «María Santísima, Hija predilecta del Padre, se presenta ante la mirada de los creyentes como ejemplo perfecto de amor, tanto a Dios como al prójimo. Dios Padre eligió a María para una misión única en la historia de la salvación: Ser Madre del mismo Salvador. La Virgen respondió a la llamada de Dios con una disponibilidad plena: “He aquí la esclava del Señor”. Su maternidad iniciada en Nazaret y vivida en plenitud en Jerusalén junto a la cruz, se sentirá en este año como afectuosa e insistente invitación a todos los hijos de Dios para que vuelvan a la casa del Padre, escuchando su voz materna: “Hagan lo que Él les diga”».

Sigamos el consejo de María, ella nos invita a hacer lo que Jesucristo su Hijo nos dice, y Jesús resumió todos los mandamientos de la Biblia en dos, sublimes y de difícil cumplimiento: Amen a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ustedes mismos. Para cumplir este programa que Él nos trazó, el Señor Jesucristo nos dejó su gracia, la fuerza de su Espíritu y el amor y la protección maternal de la Santísima Virgen María.

Por eso, bajo tu protección nos acogemos, bendita Virgen de Izamal, Santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita. Amén.